Norteamérica en su laberinto de identidades: etnicidad, nación, migración y transnacionalidad

Dr. Gonzalo Santos
Profesor de Sociología, California State University, Bakersfield, USA

Trabajo presentado en el Congreso "Identidades del Septentrión
Entre el Norte de México y el Suroeste de los EEUU", Convocado por el
Cuerpo Académico UAZ-130 Historia, Cultura y Sociedad en Hispanoamérica
Universidad Autónoma de Zacatecas, 30 de noviembre de 2013, Zacatecas, Zacatecas, México

[Dirección electrónica del Dr. Santos: gsantos@csub.edu]

In order to arrive at what you are not / you must go through the way in which you are not.

[Para llegar a lo que tú no eres / debes transitar por el camino por el que no eres.]

– T.S. Elliot, Four Quartets

Cuando hablamos de identidad o el sentido de ser pueblo - el "quienes somos y de donde venimos", lo que en inglés le llaman *peoplehood* - abrimos inmediatamente varias dimensiones analíticas: la del sujeto histórico de identidad, por supuesto; pero también las de su espacio geográfico y localización social en un entorno donde hay "otros" con identidades por definición distintas y muchas veces opuestas. Otra dimensión es el contexto histórico – la era, no solo local sino mundial – en el que las identidades de los pueblos se construye, se vive, y se reproduce, pero bajo categorías gestadas y adoptadas en esa era. También está el asunto de que las identidades surgen y cuajan en base a interacciones económicas, políticas, y culturales institucionalizadas tanto al interior del sujeto como con otros sujetos del sistema social. Finalmente y por si fuera poco, existe también el reto analítico e historiográfico de trazar la evolución y trayectoria precisa de todo este pesado enjambre de identidades en casos particulares, revelar y explicar ese continuo proceso de etno-transformación que de alguna manera va empalmando o fusionando los aspectos remanentes con los nuevos. Sostengo que el sentido de ser pueblo es así de complejo, multidimensional, maleable, acumulativo, empalmado con su propio pasado y amalgamado con su presente; y que el programa de estudio de las identidades históricas de los pueblos es localizar las inflexiones, el etnogénesis y las transmutaciones secuenciales de las identidades de los grupos particulares a ciertas geografías, pero conforme a los procesos seculares del *longue durée* del sistema-mundo moderno

capitalista.[1] Solo así puede uno lograr entender, caso por caso, no solo quienes creemos que somos y no somos, y por qué, sino cómo nos volvimos así, y en quienes posiblemente nos estemos convirtiendo. ¡Es siempre difícil vivir, e imposible escapar, del cambiante laberinto de la identidad!

Si nos enfocamos en las identidades históricas de la población hispanoparlante del suroeste de los Estado Unidos de Norteamérica – actualmente llamada latina o hispana –, que es mi tema, y las relacionamos con la historia de las identidades de las poblaciones de la actual República Mexicana y de múltiples otros grupos en EEE.UU., nos sorprenderíamos de su compleja e irresuelta identidad actual, en pleno proceso de inflexión. Y esta situación no es única, pues mucho de lo que digo se aplica, *mutatis mutandis,* a los centroamericanos y caribeños en los EEUU. Para entender el por qué, propongo primero describir someramente la evolución de las identidades de su pasado, para luego explicar el laberinto de identidad actual en el que se encuentra esta población.

Distingo cinco periodos en las identidades forjadas por los pueblos hispanoparlantes del "norte de la Gran Chichimeca": primero, la identidad colonial, enteramente parroquial y fronteriza, centrada más en el horno de la cocina que en la plaza, tenuemente conectada con el distante mundo virreinal al sur, no se diga a la metrópolis transatlántica, donde lo novohispano norteño flota y crece lentamente sobre un dinámico mar indígena autónomo y milenario. La mínima minería en Tucson, Sonora, la agricultura y ganadería bovina en los pueblos y misiones más poblados en las riberas del río Bravo y otros de la región de lo que ahora es Nuevo México y Tejas, las misiones menos pobladas en

[1] Gonzalo Santos. "Global Singularities, Repetitive Diversities: The Conundrum of Peoplehood in the XXI-Century World-System", *Frontera Interior, Revista de Ciencias Sociales y Humanidades,* Año 1, Número 1., pp. 91-107, Enero-Abril, 1999.

California, forman en su conjunto un mundo fronterizo, un débil, frágil eco de las grandes transformaciones continentales ocurridas a lo largo de tres siglos de colonialismo español, donde surge y se arraiga la identidad jerárquica de casta, en un proyecto colonial de gran extracción minera. Las provincias del norte, por ser periferia de la periferia, es un refugio de todo eso.

El interregno mexicano de 1824 a 1848, nuestro segundo periodo, no cambia mucho lo que ya para ese entonces es un estable mundo pastoral secularizado, donde la ranchería domina las relaciones en sus dos formas – privada y comunal. Peones y patrones, por un lado, y vecinos comuneros y aledaños, por el otro, son las dos identidades predominantes, ambas locales, todos vinculados por un catolicismo más cultural y sincrético que ortodoxo y rector. Comercio amigable y frecuente se hace en este periodo con los anglosajones de St. Louis o por allá en San Francisco, donde extranjeros de todos lados del mundo mercante marino llegan a cargar vituallas y productos agropecuarios, y desencargar manufacturas y mercancías lujosas de sus barcos veleros. Antes las misiones, como observó Humbolt, ahora los rancheros, los surten y se surten de ellos en bonanza mutua. Por eso fue fácil recibir a los anglosajones a tejas, como otra oleada más de colonos mercantiles nominalmente católicos y pujantes, con sus esclavos negros para producir y comerciar algodón con Nuevo Orleans, el *entrepôt* mas cercano, cerrando así el cuadrilátero comercial de esa enorme y paulatinamente incorporada zona periférica del septentrión con sus vértices en St. Louis-San Francisco-Ciudad de México-New Orleans. Lo anglo y lo mexicano como nuevos proyectos nacionales no están lidiados en los primeros años – están del mismo lado, son identidades republicanas hermanas, ambas, significativamente, en perene conflicto con todo lo indígena no-incorporado (véanse las leyes, fuertes y presidios erigidos por ambos estados contra las "tribus salvajes" o las *"un-incorporated savage tribes").* Hay una

diferencia: la absorción paulatina de lo indígena y lo negro en el proyecto de mestizaje español-mexicano, en contraste a la expulsión y esclavización respectiva en el proyecto tri-racial británico-anglosajón, pero la hostilidad a lo indígena *libre* en la región es común a los dos, es la *contra-identidad* de referencia de ambos en la zona**.** Esto cambia dramáticamente a partir del '36.

En este periodo de alborada de identidades nacionales en todo el continente americano, tanto lo estadounidense anglosajón como lo mexicano criollo, como nacionalidades incipientes, empiezan a tener serios problemas a su interior – el primero por su creciente rivalidad económica expansiva entre un norte-industrial y un sur agro-esclavista, y el segundo por su feroz antagonismo político desencadenado inmediatamente y por medio siglo entre un federalismo raquítico y un centralismo despótico. Aún así, hasta el '36, reina la diplomacia y la doctrina de fronteras abiertas e intercambio comercia entre los dos estados. Pero la escena está puesta para su sorprendente y súbita inversión: los anglos que llegan por la frontera abierta a tejas son casi todos sureños, con afilada identidad racial vis-a-vis negros e indios, y con tendencias separatistas que hacen a Tejas declararse estado por 10 años; por otro lado, los mexicanos ricos de las provincias del norte son hacendados con afilada identidad de élite regional, y como los *planters* del sur estadounidense, también dados a tendencias separatistas, aunque no tan agresivas y consolidadas como los anglotejanos. Es fácil *racializar* a los mexicanos otrora respetados.

Primero la insurrección anglotejana y luego la guerra entre los dos países, van a convertir las identidades mexicanas y anglosajonas en el suroeste de los EEUU en antinomias *nacionales* y al mismo tiempo *raciales*. Solo así se justifica y se gana la primera guerra imperialista de la nueva república anglosajona. El tercer periodo, del '48 hasta 1930, estabiliza esta antinomia, quedando los mexicanos del suroeste estadounidense

desposeídos, *racializados*, reducidos y marginados en la segunda mitad del siglo XIX, incluyendo sus elites colaboracionistas, casi a nivel de los indígenas que otrora combatieran juntos.[2] Con Juárez termina la perdida de territorio, a cambio de abrir México a la penetración económica, cosa que refrenda Don Porfirio después. Los anglosajones no solo pueblan el suroeste anexado velozmente, sino que importan chinos primero, luego japoneses y filipinos como fuerzas de trabajo *racializadas.* Así seguiría la cosa durante el porfiriato, hasta la Revolución Mexicana y la Primera Guerra Mundial, cuando, a consecuencia de la efectiva repulsión nativista a toda inmigración asiática, y las cada vez más deterioradas condiciones del campesinado mexicano, se auspicia bilateralmente el primer gran éxodo mexicano al norte, por las nuevas redes ferroviarias, repoblando de mexicanos *migrantes* tierras fértiles ahora agro-industrializadas y de gran minería, cargando de una nueva significancia a la mexicanidad allá, no solo su vitalidad económica sino su resurgimiento demográfico: el nacimiento de una singular y compleja identidad simultáneamente *etno-racial* y *foránea* mexicana que los anglos imponen indistintamente tanto a las antiguas comunidades como a los recién llegados en los reflujos migratorios anuales.[3] Decir "mexicano" en el suroeste es al mismo tiempo denotar lo remanente étnico asentado en barrios marginados, lo racialmente explotado en los nuevos mercados laborales duales de las grandes industrias mineras, agrícolas, y ferroviarias, y lo foráneo como sujeto permanente y estrictamente excluido de toda participación política, sin distingo de quién es quién. La identidad propia se manifiesta en ese duro periodo en

---

[2] Gonzalo Santos. "The 1848 Portal in the Architecture of North American Peoplehood", ponencia presentada en la conferencia *"1848/1898@1998: Transhistoric Thresholds"*, Arizona State University, Phoenix, AZ, Diciembre 9-11, 1998. http://www.csub.edu/~gsantos/portal-1848.html

[3] Camille Guerin-Gonzales, 1994. *Mexican Workers and American Dreams, Immigration, Repatriation, and California Farm Labor, 1900-1939*. New York: Rutgers University Press.

frágiles grupos mutualistas y amenas fiestas patrias mexicanas, familias mezcladas de los de allá y los de acá sobreviviendo en zonas de refugio adaptadas a la feroz segregación social, y en las cuales crecen hasta llegar al millón para 1930.

El siguiente periodo, que va de los 30 del siglo pasado a finales de los 60, y que pasa por la gran depresión y la segunda guerra mundial, es la época de oro del nacionalismo en Norteamérica, tanto en los Estados Unidos como en México. Las respectivas consolidaciones de los dos estados nacionales, cada uno a escala propia, el primero como poder hegemónico global y el otro como proyecto nacional desarrollista bajo un estado benefactor, generan un gran impulso *asimilacionista*. Al indio hay que *mexicanizarlo*, dice el presidente Lázaro Cárdenas. Los que se fueron al norte son *pochos* vacuos, perdidos a ambas culturas, dice Octavio Paz. Los gobiernos entablan relaciones cada vez más amistosas y el auge económico surgido durante y después de la guerra es compartido y celebrado en cada país. En el suroeste Estadounidense, donde la depresión por un lado, y la reforma agraria e industrialización precoz en México por el otro, reducen drásticamente los flujos migratorios, surge toda una gama de organizaciones nacionales pro-derechos civiles de los ahora mayoritariamente nacidos allá, los *Mexican Americans*, poseídos de una nueva y afirmativa identidad de *minoría étnica en vías de asimilación*, organizada y proclamada cien por ciento en inglés, ultrapatriota y acrítica del papel que juega EEUU en el mundo, inclusive en América Latina durante la nueva Guerra Fría.[4] Todas estas nuevas organizaciones de masas abogan por derrumbar las barreras de la discriminación racial y arribar a la plenitud de la igualdad social como *ciudadanos americanos* que se dicen ser por encima de todo, y así tener acceso al *Sueño Americano*. Empiezan a tener peso y

[4] David G. Gutierrez, 1995. *Walls and Mirrors: Mexican Americans, Mexican Immigrants, and the Politics of Ethnicity*. University of California Press.

reconocimiento en el mundo político, de Kennedy en adelante. Pero para avanzar en su agenda, llegan al exceso de pronunciarse, junto a los más rabiosos nativistas anglos, por cerrar la frontera a los tres flujos mexicanos de esa era, clasificados como *braceros*, *mojados*, y *legales*. No admiten, incluso, miembros que no sean ciudadanos, mucho menos si son braceros. La UFW – United Farm Workers o Unión de Campesinos – fundada por César Chávez y Dolores Huerta sería la última en sostener semejante postura en los años 60 y 70, en aras de organizar sindicalmente a al sector de trabajadores migrantes *domésticos*, postura que abandonaría en los 80. La estrategia de anglo-conformismo doméstico y proteccionismo sindical anti-inmigrante había fracasado en avanzar los derechos civiles de las minorías étnicas y solo dañado al sector inmigrante, que siguió siendo el más desprotegido y explotado.

Todo esto genera una enorme tensión al interior de la comunidad entremezclada mexicana y mexicoamericana. Por un lado, no hay progreso alguno en la agenda cívica, debido a la obstinada renuencia de los grupos anglos dominantes en todo nivel institucional, político, y social, cosa que los afroamericanos también confrontan. Por otro lado, a diferencia de los negros, los dos flujos migratorios mexicanos predominantes de ese periodo – braceros e indocumentados – crece, sujetos a explotación extrema y deportaciones. Si los negros confrontan puramente lo discriminatorio racial en el contexto asimilacionista, los mexicanos y *Mexican Americans* no pueden desentenderse, por más que quieran, de lo discriminatorio foráneo - tanto al interior de sus propias comunidades, como ante el resurgido y feroz nativismo oficial en los 50, años de la *Operation Wetback*. La escena estaría puesta, en el siguiente, cuarto periodo – de mediados de los 60 a mediados de los 90 - para la sorpresiva insurrección étnica de las "minorías" (la rebelión *Chicana* en el caso de los mexicoamericanos) otrora asimilacionistas, ahora auto-denominados

"pueblos de color", espacio que le da cabida a dos grandes cambios al orden social: el primero es el surgimiento de una firme y reconocida *pan-etnicidad hispana (o latina),* luego de las grandes rebeliones chicana, puertorriqueña, indígena y negra de los 60 y 70, que toma su lugar oficial en el censo estadounidense del 80 como una de las "5 hermanas" de la flamante *sociedad multicultural*. Lo *Mexican-American y Puertorrican* se transmuta y agranda a lo *Hispanic*. Los exiliados cubanos y refugiados centroamericanos se integran.[5] Se abole el monopolio cultural, político, y social anglosajón y se empieza a trabajar en serio en reducir las desigualdades económicas. Lo mismo sucedería en México, aunque una década después, con sus pueblos indígenas marginados, gracias a la insurrección zapatista.[6]

El problema es que el auge termina en ambos países, así como la hegemonía global estadounidense y su orden económico y geopolítico, y se viene encima un feroz *backlash* anglo doméstico, las llamadas "guerras culturales" contra todos los programas de oportunidades étnicas y raciales, severos recortes presupuestarios, combinado con las costosas y desastrosas guerras reales de la primera década del siglo XXI. Terminará este *backlash* doméstico dirigido contra hispanos y negros, mujeres y homosexuales, volcandose hacia un nativismo, después del 9/11 supuestamente anti-terrorista pero esencialmente dirigido contra los inmigrantes mexicanos y centroamericanos. Del '94 a la actualidad, el quinto y último periodo, surgen los grupos vigilantes, los muros, la histeria xenófoba, las leyes draconianas. Millones de emigrados de Norteamérica y el Caribe que primero fueron expulsados de sus países por el fracaso del modelo neoliberal implantado por los EEUU, arribando a los EEUU sin papeles pero contribuyendo enormemente con su trabajo, son

[5] Jorge J. E. Garcia y Pablo De Greiff, editores, 2000. *Hispanics / Latinos In The United States.* New York: Taylor & Francis

[6] Bill Weinberg, 2002. *Homage to Chiapas: The New Indigenous Struggles in Mexico.* London: Verso Books.

perseguidos y usados como chivos expiatorios ante el quiebre del otrora exitoso modelo mixto de economía de guerra y estado benefactor liberal.[7]

El segundo gran cambio del '94 para acá – año fatídico que fue testigo de la Proposición 186 en California, la implementación del Tratado de Libre Comercio de América del Norte, la rebelión zapatista, y el primer amurallamiento de la frontera bajo Operación Guardián – el migrante latinoamericano se vuelve pleno sujeto histórico como tal, transcendiendo su orígenes nacional, su estatus legal y su solida pertenencia a la pan-etnicidad hispana: no solo entra de lleno, irreversiblemente y al centro mismo de la identidad y la agenda hispana, cosa ya visible desde finales de los 70, sino que la cambia, le da un nuevo contenido *transnacional*, e inclusive la transciende al tender lazos solidarios con migrantes de otros continentes, especialmente de Asia, al luchar juntos por sus derechos sociales y laborales comunes, y con los afroamericanos, victimas del mismo enorme complejo industrial carcelario privatizado que los detiene y deporta, y con las agrupaciones religiosas de todo signo, que rechazan la profunda inmoralidad de dividir a las familias migrantes por meros trámites burocráticos y accidentes geográficos.

Entre migrantes latinoamericanos, según reportan los investigadores Massey y Sánchez[8], se ha gestado a nivel raso una fuerte identidad "latina" - no tanto pan-étnica como la que surgió entre los grupos étnicos de origen latinoamericano similar a las otras cuatro pan-etnicidades domésticas (anglo-americana, afro-americana, indígena-americana, y asiática-americana), sino que definida directamente opuesta a la identidad nacional "americana", por sufrir y ser sujetos de persecución, rechazo, y estigma en Estados Unidos

---

[7] David Bacon, 2008. *Illegal People: How Globalization Creates Migration and Criminalize immigrants*. New York: Beacon Press.
[8] Douglas S. Massey & Magaly Sánchez, 2010. *Brokered Boundaries. Creating Immigrant Identity in Anti-immigratn Times*. New York: Russell Sage Foundation.

como extranjeros. O sea, para estos migrantes, su identidad como extranjeros rechazados por la sociedad y el gobierno estadounidenses tiene más peso, sustancia, y relevancia que cualquier identidad cultural étnica.

Complementando a esta extranjerización forzada de la emergente identidad latina de los migrantes en Estados Unidos, está su identidad nacional renovada hacia sus países de origen por la revolución tecnológica en los campos de la comunicación y el transporte, la cual ha extendido, estrechado, y profundizado los lazos afectivos, materiales, y sociales sobre todas las fronteras y a pesar de las distancias. Remesas, viajes, llamadas telefónicas, correo electrónico, redes sociales y acceso al video en tiempo real en el internet, todo esto ha reforzado y transformado las identidades familiares, comunitarias, regionales y nacionales, en nuevos espacios sociales y geográficos transnacionales. Y esto ha tenido un impacto en la identidad de los latinos en general, una especie de retro-asimilación cultural.[9] A nivel regional, podríamos decir entonces que social y culturalmente EE.UU. se está latinoamericanizando, mientras que México y los otros países de la región se están pareciendo más y más a la desigual sociedad de consumo y espectáculo estadounidense, pero sin el mismo alto ingreso per capita.

A nivel del movimiento pro-derechos de los inmigrantes que surgió en EE.UU. a la luz en las enormes marchas relativamente espontaneas del 2006 – las más grandes en toda la historia del país, provocadas por propuestas de ley draconianas en el Congreso – ha habido una evolución en el grado en que se han enarbolado las identidades nacionales de origen, la transnacional de los migrantes en la era de la globalización, y la "americana", adoptando cada vez más, hasta ahorita, un discurso puramente neo-asimilacionista, de

[9] David E. Hayes-Bautista, 2004. *La Nueva California: Latinos in the Golden State*. Berkeley: University of California Press

simple inclusión en el Sueño Americano, acrítico del (des)orden mundial y las estructuras económicas, políticas y sociales del país responsables. Pero eso va ir cambiando conforme se tope con las realidades del mundo actual.[10]

Por otro lado, leyes que atacan las libertades civiles y derechos étnicos de los latinos domésticos y otras comunidades de color, como las de Arizona y otros estados, han llevado a una gran movilización y protagonismo político de éstos en las últimas elecciones, del 2008 para acá, aumentando en el 2012 con la derrota, gracias al voto latino, negro y asiático, del candidato restriccionista republicano, Mitt Romney – la primera vez que un candidato presidencial apoyado por la mayoría anglo es derrotado en las urnas.[11]

El tema de la inmigración es candente actualmente, y captura la imaginación y la energía de los latinos por encima de todo otro tema. El sistema que regula la circulación humana en la región de Norteamérica y el Caribe está irremediablemente desquebrajado y obsoleto, aun basado en concepciones nacionalistas de mediados del siglo pasado, como también lo están los sistemas políticos de los países de la región. El nivel de negociación, coordinación y colaboración internacional es nulo – la ultima vez que se intentó una negociación seria, bajo los presidentes Bush II y Vicente Fox, quedo enterrada en las cenizas del ataque a las Torres Gemelas. El unilateralismo chovinista, restriccionista, y xenófobo impera en los órganos políticos de EEUU desde entonces, que solo ven al trabajador migrante como un *commodity* laboral desechable; así como impera la disimulación, negligencia, e inexcusable lavado de las manos sobre el tema de los gobiernos

---

[10] Alfonso Gonzales, 2013. *Reform Without Justice: Latino Migrant Politics and the Homeland Security State.* London: Oxford University Press

[11] Louis DeSipio, Rodolfo O. de la Garza, 2015. *U.S. Immigration in the Twenty-First Century: Making Americans, Remaking America.* Boulder: Westview Press.

de los países circundantes. Los inmigrantes latinos están abandonados a su suerte por los gobiernos de estos países, que siguen implementando políticas neoliberales que generan el éxodo al norte de sus propias poblaciones, también abandonadas a su suerte como "superfluos" por la magia negra del mercado. Algo anda muy mal en el vecindario.[12]

Los inmigrantes latinos cargan la semilla de una nueva identidad transnacional, un nuevo sentido de solidaridad que ya no admite fronteras y espacios sociales cerrados, que combinará lo étnico, lo nacional, y lo regional, y lo global, que con el tiempo forjará definiciones más extensas e incluyentes de ciudadanía y derechos humanos -- por encima de todas los otras logrados en eras pasadas, empezando por el derecho a vivir y trabajar irrestrictamente en toda la región norteamericana, de por sí integrada económicamente, aunque de una manera asimétrica y grotesca por la globalización capitalista desde arriba, sin la indispensable y urgente integración laboral. Sigue entonces la globalización social desde abajo, por lo menos a nivel regional, que incluye Centroamérica y el Caribe. Allá en Sudamérica ya lo están haciendo con grandes avances desde el 2000. Y ciertamente también en Europa en un proyecto de gran aliento que empezó después de la Segunda Guerra Mundial. Pero acá en Norteamérica, centro hegemónico mundial desde esa época, hemos estado cada vez más atorados por las pesadas anclas conceptuales de precisamente esa hegemonía mundial, con sus tremendas asimetrías de poder y riqueza que se agudizan en vez de aminorarse.

¿Podremos en nuestra región del Septentrión Americano transformarnos a tiempo y convertirnos en pieza clave para la elaboración de un nuevo contrato social mundial en este periodo de caos y transición sistémica, o seguiremos quedándonos cada vez más rezagados

---

[12] David Bacon, 2014. *The Right to Stay Home: How US Policy Drives Mexican Migration.* New York: Beacon Press.

y sumidos en el caos generado por nuestros propios laberintos de identidades anacrónicas, atoradas, e inconclusas? Para llegar a lo que no somos, tendremos que transitar por el camino por el que no hemos sido.